

más títulos que la usurpadora casa de Borgoña, personificada entonces por su heredero universal, don Felipe II. Corría el año 1566 y el mes de Abril, en cuya tarde del día tres apareció magnífica y militar cabalgata de armados caballeros á las puertas de la ciudad de Bruselas. Doscientos en número eran; y al arzón de la silla, sobre que cabalgaban en sus ligeros y airosos corceles, llevaba cada uno de los manifestantes puesta una pistola. Después de haber saludado en aquella misma noche á Orange, repartiéndose cada cual en sus respectivas posadas y congregándose á una el día cinco para presentarse ante Margarita. Al dar las doce estaban ya reunidos, y se dirigían de dos en dos al palacio, donde hallaron á la regente sentada bajo dosel y circuida de su corte. Brederode, como jefe de todos, avanzó respetuosamente, y dirigió á Su Alteza muy conciso discurso, presentándole con grandes reverencias la famosísima exposición, apreciable, y mucho, por el respeto en sus formas y por la firmeza con que sostenían en su fondo las protestas contra los edictos del Emperador y los procedimientos de la Inquisición. La duquesa de Parma recibió con tal terror á los confederados, que palidecieron sus mejillas y lloraron sus ojos. Al verla tan demudada, sintiéronse conmovidos los nobles caballeros, y reiteraron sus muestras de respeto con fervorosas palabras y profundas reverencias. Margarita prometió dar una respuesta; y antes de darla, consultó con premura indecible á su consejo. En las primeras palabras dichas para comenzar la consulta, estallaron por los respiraderos de sus frases, las cóleras condensadas en sus agravios. Orange trató de calmarla diciéndole cómo los tenidos por irreverentes, pertenecían á las clases más altas del país y presentaban sus agravios antes en defensa que ofensa de su soberano. Entonces fué, sí, entonces, en la conversacion subsiguiente á la salida de los peticionarios, tras las observaciones de Orange, cuando el magnate Berlaymont, los designó con el apodo de mendigos, aludiendo á sus apuros y á sus deudas, apodo que recogieron los confederados con presteza y condujeron con orgullo en la revolución y legaron con gloria á la posteridad. El seis de Abril presentóse de nuevo Brederode á Margarita y la conjuró para que mandase una embajada inmediatamente al Rey, presentándole sus quejas y demandas. Prometióle así ésta y dijo que requeriría con empeño á los inquisidores para que procedieran discreta y modestamente. No se contentaron con esto los comprometidos, y volvieron á reunirse con algazara el día ocho y á presentarse ante la princesa para ofrecer una respuesta conveniente á sus anteriores respuestas. En este nuevo escrito, doliábase de que no se aboliera la Inquisición y manifestaban su confianza en que se dulcificara. Además de todo esto, convenían á una en que se defendiese la religión católica, si bien por los medios más persuasivos y suaves. Después de tales reflexiones, pedían que su exposición se imprimiera en la imprenta oficial y se propagara con abundancia por todo el reino. Respondió la duquesa diciendo no podía prometer más de lo prometido, ni hacer más de lo hecho; y como los nobles la requirieran para que no mirase de mal ojo aquella reunión y no echase á mala parte sus

demandas, contestó con sequedad que no podía entonces adelantar ninguna especie de juicio. La ferviente agitación creció muchísimo. Reuniéronse los confederados en regocijante banquete y pronunciaron gárrulos brindis á los postres. Iluminados los salones por deslumbradoras bujías; cubiertas las mesas con vajillas de oro y plata; vestidos todos de brocados deslumbradores y armados de puñales artísticos, tomaron entre tantas riquezas por ironía el nombre de mendigos, que luego había de resonar en los campos y en los mares, donde quiera se peleaba por la libertad, como expresivo del combate y del triunfo; como propio de unas heroicas legiones consagradas por completo á emancipar y á redimir las conciencias. Y no se limitaron los ligeros á escoger un nombre más ó menos expresivo, también escogieron un uniforme completo en concordancia y armonía con ese raro nombre. Allí, en tal banquete dado el ocho de Abril en 1566, el presidente de los confederados, Brederode, hizo traer la escudilla de palo, en que los pordioseros acostumbraban á recoger los mendrugos y las sobras de las comidas, para ponerlas en las espaldas de los combatientes sobre tosco traje morado de punto y bajo las alas anchas de un sombrero de fieltro, indicando así el cambio total de las antiguas preesas por hábitos más conformes al dolor, al combate, á la muerte.

Margarita escribía punto por punto y hora por hora en largas cartas, notables por la prolijidad, todos estos hechos al Rey su hermano. En semejantes papeles preciosísimos hoy para la Historia, y cuyo número y cuya extensión apenas se comprenden, dadas las ocupaciones de una regente, saltan á cada línea junto á informes varios, más ó menos claros, y junto á noticias múltiples, más ó menos confusas, algún que otro esbozo de retrato y algún que otro borrador de biografía. Así es que, para indicar las abominaciones del temperamento de Brederode, Margarita no encuentra rasgo más negro que decir á su hermano, cómo el jefe de los mendigos, sería de malvado é infame, cuando estaba de todos conocido y á todas luces probado que se comiera un craso capón en viernes Santo. Y no había otro remedio, sino transigir con los que comían allá por Holanda en viernes carne; dada la imposibilidad material de mandarlos quemar en las hogueras por su importancia y por su número. Así la regente se industrió para componer un edicto nuevo, llamado de moderación, el cual, sin mitigar el fondo y esencia de los castigos crueles, por algún modo extraño dulcificara las formas y los procedimientos. Cincuenta y tres artículos contenía el edicto de moderación; y eran cincuenta y tres engaños. Todo cuanto pudo Margarita conceder á los mendigos, tras tantas palabras dadas y tantas promesas hechas, fué que los herejes, en vez de morir consumidos en una hoguera, morirían colgados de una horca. Y á esto le llamaban edicto de moderación. Pero tras esta concisión verdaderamente sarcástica é irrisoria venían las crueles penas ideadas por todos los déspotas, que se proponen desarraigar una idea con el hierro y el fuego, antes que con la predicación y la doctrina. Y á fin de mostrar dulzura en la crueldad, separaban á los herejes en dos clases; la clase de los

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

apóstoles y la clase de los discípulos, ó sea, la clase de los motores y la clase de los movidos. Mostrábase misericordiosa para éstos; pero á reserva de levantarlos á la clase superior, más abominada, si así pluguía de algún modo á la Santa Inquisición; que tales trampas se discurrían sin escrúpulos en aquellos tiempos de sutilezas jesuíticas. Muerte á quien huyese la religión católica; muerte á quien predicase la nueva religión; muerte á quien tratase de cualquier asunto teológico, no estando graduado en Universidad de renombre; sólo que para mostrar moderación, y hasta cierto punto misericordia, se les extrangularía, en vez de quemarlos. Tan jesuítica distinción enardeció más y más los ánimos de las gentes honradas y sublevó más y más las conciencias. No existe apostolado tan rápido y tan seguro para difundir las ideas como el apostolado de las persecuciones injustas y crueles, digámoslo en honor de nuestra flaca naturaleza. Por Abril de 1566 habíase dado el escándalo de aquellos edictos burladores; y por Junio los campos flamencos se llenaban de fieles á las nuevas doctrinas, quienes, desertando los templos católicos y sus reducidos espacios, escuchaban el nuevo verbo al aire libre y esparcían sus oraciones en el inmenso seno de la naturaleza. Los que hasta entonces ocultaran sus creencias como crímenes, por miedo á la persecución, salían de las catacumbas de su silencio, para, transfigurados, resucitar en la libertad, y los que se habían creído enemigos en los recelos engendrados por las sombras, mirábanse mutuamente el rostro con cariño, y caían los unos en brazos de los otros, juramentándose todos en esta expansión fraternal para morir antes que ocultar de nuevo sus antiguos principios. El 28 de Junio reuníanse diez mil protestantes en el puente de Ernoville; y el 7 de Julio ya eran veinte mil.

Por todas partes, con febril actividad, se trazaban cuerpos de predicación, como pudieran trazarse campos de ferias ó de juegos. Los troncos de los árboles, formando cuadrados, servían como de líneas para señalar las fronteras de aquellos sacros sitios, consagrados á la oración. Carretas separadas de sus bueyes se convertían en portátiles púlpitos. Los cristianos revolucionarios, no fiados en su derecho y temerosos de los edictos, llevaban armas para defender su facultad de oír á quien quisieren y lo que quisiesen. Eran de ver aquellas numerosas muchedumbres, agolpadas en torno de una cátedra rústica, tan absortas en las estáticas audiciones de los discursos que parecían no respirar siquiera; interrumpiendo su silencio profundísimo con los salmos cantados en coro, cuyas cadencias perfumaban como de un espiritual incienso la libre atmósfera y herían con sus acentos las estrellas cual titánicos órganos de una invisible iglesia. Parecían verdaderamente aquellos, coasociados en la nueva fe, los fugitivos, á la soberbia de Faraón escapados, reuniéndose por las orillas del mar Rojo, atravesado ya, y á la vista del Sinaí ceñido de sus reveladoras tempestades, para entonar en coro, por la inmensidad del desierto, el cántico de gracias al Dios de la libertad por la conclusión del cautiverio de Egipto y por la victoria incruenta y

moral del pueblo de Israel. En vano la regente mandaba sus tropas en persecución de una idea y de un pueblo; ningún poder tiene armas bastantes para desarraigar las generaciones todas de una grande nación, como no tienen fuerza ni autoridad bastante para penetrar en el invisible seno de la humana conciencia. Parece una incontrastable ley de la Historia el que las revoluciones en la sociedad, como las tormentas, como las tempestades, como los terremotos, como las trombas, como los huracanes en la naturaleza material, vayan seguidos siempre por un cortejo de violencias, las cuales dejan á una en el espacio sombrías y siniestras estelas de ruina. La revolución de los Países Bajos no podía excusarse, no, de ley tan universal. En aquellos espacios el arte católico erigió por los tiempos de su florecimiento maravillosas catedrales góticas; y la nueva revolución acababa de producir y engendrar odio irreconciliable á todas esas maravillas supremas. Había en la nueva secta sectarios moderados y sectarios violentos como en todos los partidos y en todas las asociaciones del mundo. Los moderados querían prescindir de las imágenes y los violentos querían derribarlas. Componían éstos, pues, un partido semejante al partido de los iconoclastas alemanes. Entre todas las catedrales flamencas distinguíase por su riqueza la catedral de Amberes. Un pueblo de trabajadores y comerciantes la erigiera con los productos de su trabajo y de su comercio. Sobre su milagroso conjunto veíase la sombra de Godofredo de Buillon, que pusiera su primera piedra con místico éxtasis, antes de partirse para Tierra Santa y rescatar por vez primera el sepulcro de Cristo en la Jerusalén de los profetas profanada por las tribus de los musulmanes. Los pavimentos de la catedral estaban compuestos con los huesos de las generaciones extintas; sus cinco grandiosas naves flotaban sobre océanos de ideas místicas, entre nubes de perfumado incienso y notas de melodiosos órganos; por las paredes veíanse, junto á los altares, llenos de cuadros y estatuas, sepulcros consagrados á los héroes del trabajo y del combate; por las alturas abríanse rosetones cubiertos con vidrios gayos, en cuyos matices divisábanse los ángeles del cielo, y allá, sobre las bóvedas en cuyas aristas flotaban las banderas y los trofeos con religiosísimos ex-votos, subía cual un gigantesco ciprés de piedra, la cúpula incomensurable á los aires, eterizándose y desvaneciéndose, como si fuera de suyo á perderse por la inmensidad de lo infinito en los invisibles troncos del Eterno. Pues tanta catedral fué blanco del odio de los nuevos sectarios, quienes veían á una en ella todas las abominaciones del paganismo y de la idolatría; como los primeros cristianos vieran á su vez la horrible faz del demonio tras los bellos y armoniosos rasgos de las antiguas estatuas clásicas. Empezó el movimiento iconoclasta en una procesión de la Virgen, objeto antes de adoraciones y centro de la religiosa súplica. Los enemigos de las imágenes ofendieron y desacataron de tal suerte á la sagrada efigie de María, que tuvieron necesidad los canónigos de recatarla tras una fuerte verja, de regreso á la Iglesia desde la profanada procesión. Enardecidos con este indirecto triunfo, reuniéronse los tumultuados en la catedral, é insul-



taron de nuevo á la Virgen. Un chusco subió al sagrado púlpito del magnífico templo, y parodió con burlas infames y soeces las frases usuales en los sermones corrientes. Indignado cierto marino católico, lanzóse con furia sobre el púlpito para tapar la boca del blasfemo; y éste y aquél cayeron desde tal sitio sobre las losas del pavimento. Armóse con tal motivo mayor tumulto, y disparáronse algunas armas de fuego que resonaban siniestramente bajo aquellas sacras bóvedas, cayendo en la confusión mal herido el defensor valeroso de la Virgen.

El tumulto creció al día siguiente con grande intensidad. Una vendedora de rosarios, estampas y ex-votos, que tenía humilde puesto para su venta en los umbrales de la catedral, provocó el conflicto. Como la hubieran los revolucionarios insultado sin miramientos y hasta herido sin piedad, cogió la infeliz agredida unas piedras á mano y las lanzó sobre los temerarios é irreverentes. Nunca lo hubiera hecho. Tomóse á ofensa grave la natural defensa personal. Los diques de todas las consideraciones se rompieron y la pasión los rebasó, inundando todos aquellos sacros espacios con sus fervidos oleajes. Desde tal momento fueron los iconoclastas respecto á la catedral como los sitiadores en largo asedio respecto á una fortaleza próxima de la sumisión y el rendimiento, entrando por ella, como á saco, entre los clamores fragorosos de «vivan los mendigos». Informados los regidores de cuanto sucedía en aquel trance corrieron á poner un pronto y radical remedio, más bien con su autoridad moral que con sus fuerzas materiales. Con efecto, el religioso respeto que inspiraban, contuvo á las muchedumbres iconoclastas. Alguna parte de ellas oyó las advertencias y desalojó el sacro lugar. Mas otra gran parte se mantuvo silenciosa y reverente, si bien guardando, allá en sus adentros, esos propósitos que rompen y estallan bravios en cuanto encuentran una propicia ocasión. Varios conocedores de la ciudad aconsejaron á los magistrados populares que dejaran el templo, seguros de ser seguidos é imitados por los revolucionarios. Dejaronlo, en efecto, después de haber cerrado todas las puertas, menos una humilde, á través de la cual así podían salir del templo los amotinados de dentro como entrar en el templo los amotinados de fuera. Y entraron. Las nubes tormentosas del firmamento, los volcanes eruptivos del suelo, las terribles oscilaciones del terremoto, los diluvios del aire quizás no hubieran maltratado al edificio como lo maltrató y cuasi lo deshizo la cólera revolucionaria. Un grito de terror, como si todas las águilas del viento se hubieran reunido en legión, se oyó por aquellos espacios consagrados á las plegarias y á las oraciones. Diríase que los herejes perseguidos por las potestades eclesiásticas y los relapsos devorados por las llamas inquisitoriales recogían á los cuatro vientos sus cenizas, y levantándose airados y feroces, como almas en pena venidas á la tierra en cruento sábado de sortilegios mágicos y de orgias cruentísimas, tomaban de sus dolores desquites y ofrecían á sus propios implacables manés una horrible venganza. Feroz partida se asió á la Virgen de la procesión última; y derribándola de sus aras, y tendién-

dola por tierra, le arrancó sus vestiduras para repartírselas, y le clavó en el sitio destinado al corazón un puñal como si estuviera viva. Desde aquel momento fué todo confusión. Las muchedumbres, con la fácil agilidad del mono y con la terrible ferocidad del tigre, lanzáronse á una sobre altares y sepulcros, los cuadros cayeron desgarrados en fragmentos varios sobre las losas frías; los muertos saltaron descompuestos en mondados huesos y en rotos esqueletos desde las sacras sepulturas; los cálices se trocaron á una en orgiásticas copas de burdel y las hostias consagradas por la religiosa veneración de los fieles cayeron bajo las suelas y los clavos rudos de los profanadores zapatos; rodaron desde las altas cumbres deshechos en pedazos los ángeles que parecían cercanos al cielo y los santos que investigaban la verdad absoluta en sus libros eternos; las lámparas de oro y plata se apagaron al soplo de la ira como se apagarán las estrellas del firmamento en la noche del último Juicio; los vidrios de colores vinieron al suelo como preciosas pedrerías desengarzadas de su engaste ó como flores y mariposas sorprendidas por el cierzo; arruinóse con estrépito el santuario; y los mantos y las casullas usados de antiguo en ceremonias tan piadosas y en ritos tan religiosos, encubrieron como las mantas de una mancebía las mayores torpezas; cual si Dios hubiera dado permiso á todos los diablos del infierno para que, saliendo en compañía de las brujas y de los endriagos al mundo natural y sensible desde sus antros eternos, desacataran con vociferaciones su nombre y destruyeran con estrépito sus templos.

Dos días duraron aquellas tremendas fiestas de un carnaval incomprensible. Sus furros no se recluyeron sólo en la catedral magnífica; desbordaron por todas partes. Treinta iglesias cayeron destrozadas en aquella noche de horrores. Los manuscritos más preciosos desaparecieron; las joyas más ricas se calcinaron en las llamas del incendio. Las monjas tuvieron que dejar sus celdas, sorprendidas por aquella revolución increíble. Sería fatigoso decir cuánto y cómo corrió la epidemia de horrores. Sólo en la provincia llamada con el nombre de Flandes, rodaron por el suelo cuatrocientos templos destrozados. En Malinas bastó una escasa minoría para no dejar ninguna imagen religiosa en su puesto ante los magistrados absortos y las gentes militares extáticas y paralizadas. El veintidós de Agosto aparecieron las iglesias de Tournay cubiertas de numerosos destrozos. En las grandes abadías los más violentos destrozaban con sus propias manos las efigies, mientras los más moderados decían en voz alta y en coro los salmos. En Valenciennes hubo un degüello de santos. El estupor era tal, que á veces, diez mil espectadores veían á cuatro temerarios cebarse á su sabor en las iglesias sin ninguna conmoción y sin ninguna extrañeza. El pueblo protestante creía como todos los pueblos en sublevación, que bastaba derribar un símbolo para destruir una idea. No creía bastante arruinado el catolicismo en los espíritus, si no tocaba su ruina material en los espacios; de aquí aquel furor horrible grabado en la Historia con el nombre gráfico de guerra de los iconoclastas. A tan tremendo

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. N. M.